

escapar de Toledo. Presa del caos, del miedo y de la desmoralización, los milicianos tratan de huir a Madrid. En lugar de sentir conmiseración hacia ellos y permitir su retirada a la capital de España, Manuel logra disuadirlos apelando a la consigna de disciplina militar absoluta que habían dado el gobierno y el Partido Comunista y, sobre todo, garantizándoles víveres y armamento. Malraux muestra entonces cómo, una vez adoptada la decisión de permanecer en Aranjuez, los milicianos se convierten, gracias a la organización y la diligencia de las autoridades comunistas, en un grupo de soldados disciplinados y debidamente aprovisionados, listos para volver a las trincheras.

Apesar del carácter propagandístico de escenas como la anteriormente comentada, no puede afirmarse que la visión de la guerra contenida en *L'espoir* sea totalmente procomunista. Al igual que Hemingway, Malraux vio en la disciplina y en la capacidad de organización de los comunistas dos poderosas armas a la hora de combatir el fascismo. No obstante, esta circunstancia no impidió que ambos escritores incorporaran a sus respectivas visiones del conflicto español una crítica contra la intervención comunista en nuestro país. Influidos por las ideas de Trotsky, el escritor francés estaba convencido de que el éxito de la revolución permitiría al individuo tomar una nueva conciencia de sí mismo y de la realidad que le rodea. Sin embargo, del mismo modo que sucede en *La condition humaine*, el comunismo aparece representado en *L'espoir* como una ideología incapaz de satisfacer los requerimientos morales del hombre y de reconocer su lugar en el mundo. Por el contrario, el seguimiento estricto de la ortodoxia comunista implica la anulación de la dimensión individual del sujeto. En consecuencia, Malraux encuentra en la eficacia y en el orden de los comunistas la clave que podía llevar a la República hasta la victoria, pero, al mismo tiempo, el narrador no obvia los efectos contraproducentes que podían tener sobre las personas a título particular. Como ya hemos visto, Manuel renuncia paulatinamente a sus sentimientos conforme se va convirtiendo en un líder militar cada vez más experimentado. En una de las escenas más emotivas de la novela, puede observarse hasta qué punto ha llegado la deshumanización sufrida por el protagonista; en ella, el joven oficial contempla cómo varios soldados de su regimiento van a ser fusilados tras haber sido condenados por desertión. Las desesperadas súplicas de sus compañeros no sirven para que detenga el fusilamiento. Por el contrario, Manuel muestra una actitud fría y distante ante la tragedia que está presenciando. No obstante, su imperturbabilidad no impide que se quede mirando fijamente al rostro de uno de los soldados que van a ser ejecutados, percatándose, de ese modo, de lo necesario que en esta guerra